

COMBATE MAN

No conocí personalmente a Bateman, es decir, me perdí el privilegio de que me mandara secuestrar para entrevistarlo. A duras penas conocí a tres tipos idénticos a él, y me sentí tentado a acercármeles para abrazarlos, pero siempre tuve a mi lado a alguien prudente que me dijo: Cómo se te ocurre ir a hacer el ridículo de saludar en público a un doble del hombre más buscado del mundo. Porque no creerás que el Comandante va a dar semejante papaya.

Al primero lo vi empujando un carrito en el Carulla del barrio de La Soledad, escogiendo piñas. Al segundo en la butaca de adelante en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, tapándome con su afro las aventuras animadas de *Vampiros en la Habana*. Al tercero echando paso de lo lindo en La Teja Corrida, con una joven diminuta.

Ahora que acabo de leer el libro *Jaime Bateman: Profeta de la Paz*, nada menos que sus entrevistas completas compiladas por Darío Villamizar Herrera, y editadas por los compas del Compaz, Compañía Nacional para la Paz, que preside el reinsertado prologuista Patiño Otty, me doy cuenta que los tres tipos que vi en esas situaciones cumbres de mi vida tan miserablemente desaprovechadas, eran el mismo y único "Flaco", que tenía la estrategia de ocultarse de sus perseguidores deambulando por las calles del mundo con la frente y la nariz muy en alto. Más arrogante que Cyrano de Bergerac interpretado por Gerard Depardieu.

El pasado 19 de Abril -un cuarto de siglo después de que al General Rojas le raponearan las elecciones impidiéndole regresar a Palacio ("a dos cuadras de la Calle del Cartucho, /a la derecha")-, se hizo la presentación solemne del libro en la Quinta de Bolívar, sitio de donde los Emes se 'bajaron' la espada del Libertador y devolvieron la de Santander, en un último golpe de humor negro con orín de hierro.

Una severa vigilancia policial impedía que los antiguos proscritos fueran a correr riesgos en su integridad personal. Cuando el periodista Germán Manga preguntó si su carro no corría peligro cuadrado afuera, un conocido director de teatro lo apaciguó diciéndole: "Tranquilo, que yo estoy adentro".

El sacramental Pacheco -uno de los heroínos de la obra por haber sido 'invitado' a charlar con el Comandante y llevarle al Gobierno de turno el mensaje de turno, como había sucedido antes con Germán Castro Caicedo, y en forma diferente con Óscar Domínguez-, tuvo una emotiva intervención donde calificó a Bateman como el personaje de mayor carisma y calor humano que quizás hubiera conocido en la historia política del país. A renglón seguido, hizo entrega a una de las hijas de Bateman, de una caja de Chivas Regal que éste le ganó en una apuesta cuando su 'te canasta' obligado, y que apuramos con bastante hielo.

Con el libro debajo del brazo, nos fuimos a tomar una copa con Rosemberg Pabón, ahora estudiante de diplomacia en una Universidad a distancia, a una tabernita vecina de la embajada dominicana, donde con otros 'chicos malos' estuvimos lamentando la roya que le cayó al viejo Pastrana, fundador involuntario del movimiento. Todo el mundo comentó cómo había conocido al "Flaco", a Jaime Bateman Cayón, ya no "el jefe de una facción de sanguinarios", sino "el profeta de la paz". El guerrero que pensando en su madre y en su inminente destino, a cada rato suspiraba en mitad de la selva según consigna García Márquez: "¡Ay Clementina Cayón!".

En un libro anterior, el de Peggy y Patricia, la madre del guerrillero había declarado: "Por lo menos su paso sobre la tierra no consistió solamente en comer y cagar".

EL TIEMPO. Abril 24 de 1995